

SECULARIDAD EN PERSPECTIVA FRANCISCANA

Ante todo, deseo manifestar mi gratitud por esta invitación, que me permite estar con ustedes, al menos por un día que he logrado arrancar a las labores del Definitorio en Roma. Llevo conmigo el hermoso recuerdo de numerosos congresos de las A y JP, antes del Covid, y me habría gustado participar también en este, pero no me ha sido posible. Aprecio mucho, pues, la ocasión de esta jornada. ¡Gracias!

Secularidad según el Espíritu

Me han pedido que hable sobre la *Secularidad en perspectiva franciscana*. Antes que nada, quisiera decir unas palabras sobre la *secularidad*. Entendemos por secularidad esa relación con el mundo que es verdadera para cada cristiano y que es asumida como carisma específico de vuestra vocación.

Aclaremos diciendo que la secularidad no es una prerrogativa sólo de los Institutos seculares. Ella es una dimensión verdadera para cada cristiano, que vive en el mundo y, por tanto, debe administrar una relación cristiana con el mundo. En este sentido, la secularidad es una dimensión de toda la Iglesia, es decir, de todos los cristianos, también de los sacerdotes y de los religiosos, porque viven en el mundo. Tal como nos ha enseñado la *Gaudium et spes* en el Concilio Vaticano II, la Iglesia vive en el mundo y “se siente real e íntimamente solidaria con el género humano y con su historia”¹.

En el marco de este horizonte general, verdadero para todo bautizado, algunos cristianos, como ustedes, se sienten particularmente llamados a identificar su vocación en esta relación con el mundo: de este modo, la secularidad que es un elemento común para todos los cristianos, se vuelve también un carisma especial para algunos y algunas, que captan en este *estar en el mundo* su intuición espiritual específica. Como afirmaba un buen teólogo, Giovanni Moioli, se trata de una “secularidad según el Espíritu”. De hecho, es el Espíritu Santo que dona esta intuición. Podemos entender esto si pensamos como han nacido los Institutos seculares, entre fines del Ochocientos y los primeros tiempos del Novecientos, cuando por

¹ *Gaudium et Spes* 1

una serie de motivos los laicos comienzan a tomar conciencia de su vocación en la Iglesia, sobre todo a través de asociaciones como la Acción Católica. Pensemos en Armida que funda la Juventud Femenina de Acción Católica, y se da cuenta que esta vida, dedicada al Reino de Dios, puede ser una verdadera vocación digna de ser “consagrada”. Partiendo del ser laica, secular, quiere llevar hasta el fondo esta secularidad a través de la consagración: esta es la secularidad según el Espíritu.

Esto explica la pasión por el mundo que animaba a Armida Barelli y a las hermanas que la siguieron: una pasión por el mundo porque éste es el mundo que “Dios tanto amó que dio a su Hijo unigénito”², éste es el mundo en el cual crece el Reino de Dios, cual semilla que germina y crece sin que sepamos como, al igual que el granito de mostaza que de pequeño se vuelve un arbusto³. El Reino de Dios es este mismo mundo transformado por la potencia del Espíritu de Dios y de su amor, un Reino ya inaugurado por Cristo y que se desarrolla, en las tramas de la historia, hasta su venida final. Este mundo es el corazón de su vocación.

Armida Barelli, y también ustedes con ella, han captado que esta secularidad es un valor digno de consagración: vuestra secularidad consagrada manifiesta la santidad de Dios mismo en vuestro estar en el mundo como levadura del Reino, como semillas de ese mundo nuevo que esperamos. La realeza de Cristo, de la que ustedes son misioneras, es el desarrollo pleno de ese Reino que Él ha anunciado.

Podríamos hablar mucho de esta bella secularidad consagrada que es vuestra vocación, pero por ahora no tenemos tiempo.

La cualidad franciscana de la secularidad

Antes bien, quisiera aclarar la dimensión *franciscana* de esta vocación en vuestro Instituto, que nace poniendo en el centro la secularidad en la Familia espiritual franciscana.

Ciertamente esto se debe también a la presencia de fray Agustín Gemelli junto a Armida Barelli, en los orígenes del Instituto, pero creo que no se trate sólo de la coincidencia de la presencia de un fraile que determina esta característica. En realidad, existe una sintonía profunda entre la intuición de la secularidad según el Espíritu y la espiritualidad franciscana.

² Cfr Jn 3, 16.

³ Cfr Mc 4, 26-32.

Trataré de ilustrar algunos elementos de esta sintonía entre secularidad y franciscanismo.

Espiritualidad fraterna

El primer elemento de sintonía consiste en la característica fraterna de la espiritualidad franciscana, en la que la presencia del hermano o de la hermana es un elemento central. En su *Testamento* Francisco mismo hace comenzar su conversión a partir del encuentro con los leprosos: estos hermanos que sufrían y estaban marginados se vuelven para él la revelación de Dios, en el signo del “hacer misericordia”. Podemos decir que para Francisco la otra persona se vuelve un sacramento de Dios, porque Dios se revela a través del rostro del otro. Esto es verdad no sólo al comienzo de la aventura cristiana de Francisco, sino para todo pasaje: los hermanos son una constante, sin dejar de lado las dificultades que comporta la relación con ellos.

Dicha importancia de la presencia del otro para encontrar a Dios manifiesta una gran sintonía con la intuición de la secularidad. La relación con los demás es una dimensión esencial de la secularidad: el mundo en el que estamos incluidos, en efecto, no es solamente el ambiente natural, sino sobre todo el mundo social, hecho de las relaciones con las personas. La persona secular entrelaza mil relaciones con las personas que encuentra y la perspectiva franciscana le ayuda a vivirlas como otras ocasiones más de encuentro con Dios. Los demás no son sólo un obstáculo en mi relación con Dios, casi que para estar en relación con Dios fuese necesario poner de lado a los demás: como franciscanos, en cada persona que encontramos estamos invitados a captar una señal de la presencia de Dios.

El Cántico: ecología integral

El segundo elemento de sintonía es el que nos ofrece la visión franciscana del creado. Aquí la referencia fundamental es el *Cántico de las criaturas* o de *hermano sol*, que revela una mirada capaz de captar a Dios en la creación y en la historia. No sólo en el mundo natural, como muestran las estrofas dedicadas al sol, a la luna, al agua, al aire, a la tierra y al fuego, sino también en el mundo social, como muestra la estrofa que se dedica al perdón y a la aceptación de las enfermedades y tribulaciones, que genera

una misteriosa paz. Se trata de una aproximación que hoy denominamos de ecología integral, es decir, del cuidado de la casa común que comprende, al mismo tiempo, tanto el ambiente natural como el social, íntimamente relacionados.

Dicha actitud está en particular sintonía con la persona secular, que en la relación con el mundo debe administrar hoy las temáticas del ambiente y de la integración social: la espiritualidad franciscana ofrece llaves de interpretación muy útiles para colocarse en la forma justa en el compromiso a favor de aquella ecología integral, que toca tanto al ambiente como a la sociedad y que es absolutamente urgente para el mundo actual.

La acción

Otro elemento de la espiritualidad franciscana es el que menciona Agustín Gemelli en el último capítulo de su volumen *Il francescanesimo*, cuando indica la misión del Franciscanismo en la vida moderna, e identifica que una palabra específica para el hoy es la valoración de la *acción*.

En efecto, Francisco no elige vivir en un eremitorio por toda su vida: el eremitorio, que es también un elemento de la espiritualidad franciscana, es para él una pausa en la vida activa, vivida en medio de la gente. La actividad es elemento esencial de la vida franciscana, que precisamente en la acción descubre la presencia del Espíritu.

Una de las frases clave en la que Francisco resume su intuición espiritual es la invitación para que por encima de todo debemos “anhelar tener el Espíritu del Señor y su santa operación”⁴. Hago notar que une el espíritu a la operación, es decir, a la acción. Y creo que no hay que interpretarlo solamente en sentido moral, según el cual en nuestras acciones debemos ser coherentes con la fe, sino también en el sentido más profundo de captar la presencia del Espíritu en el santo obrar. Quizá hay el eco de su experiencia, cuando al *hacer misericordia* con los leprosos (y subrayo que se trata de un *hacer*, de un *actuar*) experimentó la acción del Espíritu que le cambió lo que era amargo en dulzura para el alma y para el cuerpo.

La santa operación con los leprosos reveló ser para él una manifestación del Espíritu, y por tanto Francisco nos invita para que también nosotros lo hagamos y así discernir en la vida, en los acontecimientos y sobre todo en

⁴ Rb 10, 10).

nuestro mismo actuar, el llamado del Espíritu, que nos sugiere como hacer mejor, como hacer cada vez más santa nuestra operación.

Es evidente que esta atención al actuar y a la praxis está en sintonía profunda con la experiencia de la persona secular, que vive en un mundo que valora la acción en todas sus formas. Sabemos que el riesgo de nuestro mundo es precisamente el activismo, que nos agota en un actuar que pierde el sentido de la misma acción; en un mundo hecho así es extremadamente adecuada la perspectiva franciscana, que no nos pide suspender nuestro actuar (lo que no podemos hacer), sino que lo vivamos con una sensibilización diversa, que debemos reconocer los signos del Espíritu de Dios, los signos de los tiempos a través de los cuales Dios mismo nos habla.

La pobreza relacional

La espiritualidad franciscana es famosa por el tema de la pobreza: aquí podríamos pensar que este tema no esté muy en sintonía con la secularidad, que vive, obra y se mueve en el mundo empleando los bienes del mundo. Pero si escuchamos atentamente a San Francisco, nos damos cuenta que la pobreza de la cual nos habla hay que vivirla sobre todo en las relaciones con los demás, y esto es ciertamente muy secular. En la *Admonición 14*, que comenta la bienaventuranza de la pobreza de espíritu, Francisco nos habla así:

¹Dichosos los pobres de espíritu, porque de ellos es el Reino de los cielos (Mt 5, 3).

²Hay muchos que permanecen constantes en la oración y en los diversos oficios y hacen muchas abstinencias y mortificaciones corporales, ³pero por sola una palabra que parece ser injuriosa para sus cuerpos o por cualquier cosa que se les quite, se escandalizan y seguida se alteran.

⁴Estos tales no son pobres de espíritu; porque quien es de verdad pobre de espíritu, se odia a sí mismo y ama a los que le golpean en la mejilla.

Es interesante notar que para ilustrar lo que es la pobreza, Francisco descarta aquella de los que “hacen muchas abstinencias y mortificaciones corporales” y, en cambio, pone el ejemplo de dos relaciones: aquella con quien te dice una palabra de insulto o con quien te quita algo que consideras tuyo. Allí se verifica si uno es pobre realmente, si sabrá soportar

pacientemente estas relaciones difíciles. Se trata de aquella que me gusta llamar “pobreza relacional”, y todas ustedes están llamadas a vivirla en la condición secular. Esta pobreza en las relaciones con el otro es manifestada también con el adjetivo “menor” que Francisco escoge para sí y para sus hermanos, eligiendo el nombre de “frailes menores”. Menor quiere decir más pequeño: es la pobreza relacional de la cual he hablado. Una consecuencia de dicha actitud es la libertad y el gozo.

Ustedes saben mejor que yo cuan preciosa es esta pobreza en la vida secular: cuando hablan y actúan como franciscanas, como las que no tienen nada que defender y nada que perder, viven libres en el uso de toda cosa y en el desapego de todas, y por esto experimentan la alegría.

La misión

El último elemento de sintonía entre franciscanismo y secularidad, creo que puede ser el tema de la misión que ustedes, Misioneras de la Realeza, aman particularmente. En los *Escritos* de Francisco de Asís la misión es indicada con la expresión “ir por el mundo”. En las *Reglas*, en efecto, se le dedica el capítulo “Como los hermanos van por el mundo”, y en ese capítulo se habla de la misión, que consiste antes que nada en el testimonio. De modo aún más explícito, en la *primera Regla*, se dedica otro capítulo también a “los que *van* entre los sarracenos y otros infieles”, es decir, aquellos que hoy llamamos misioneros, y se dice que:

Pueden comportarse entre ellos espiritualmente de dos modos. Uno, que no promuevan disputas y controversias, sino que *se sometan a toda humana criatura por Dios* (1P 2, 13) y confiesen ser cristianos. Otro, es que cuando les parezca que agrada al Señor, anuncien la palabra de Dios para que crean en Dios omnipotente, Padre e Hijo y Espíritu Santo, creador de todas las cosas, y en el Hijo redentor y salvador, y para que se bauticen y hagan cristianos⁵.

El primer modo es el del testimonio silencioso, humilde y sometido, que si le preguntan no teme declarar ser cristiano, pero evita las discusiones, las peleas y las disputas. El segundo modo prevé que se anuncie la palabra del Evangelio, pero sólo “cuando les parezca que agrada a Dios”.

Me parece que es una descripción muy útil también para ustedes, que están en el mundo como presencia humilde y silenciosa de testigos seculares del

⁵ Rnb 16, 5-7.

Evangelio, y que huyen de una evangelización rimbombante y agresiva. Vuestro “ir por el mundo”, para usar la expresión de Francisco, es la sustancia de vuestra evangelización, de vuestro ser misioneras. Y como saben mejor que yo, en esto ustedes están facilitadas también por vuestro secreto, que les permite entrar con desenvoltura en todo lugar y en todo grupo de personas, llevando la luz de vuestro testimonio.

Conclusión

Concluyo: he tratado de juntar la intuición de la secularidad según la espiritualidad franciscana, captando las sintonías que componen el carisma de las Misioneras de la Realeza de Cristo, seculares y también franciscanas por vocación. Hemos distinguido estas dos dimensiones para una aclaración lógica, pero en la vivencia de cada una de ustedes son una sola cosa, porque el carisma no es una teoría, sino una vida que cada una de ustedes interpreta a su modo. Y también en esto ustedes son (y somos) franciscanos: en este profundo respeto de cada una y de cada uno. Si otras espiritualidades cristianas educan para ser buenos soldaditos, posiblemente iguales entre sí, en nuestra casa no encontrarán un franciscano igual a otro. El Instituto refleja bien esta característica, con la capacidad especial de vivir el mismo carisma de mil formas diferentes que, sin embargo, remiten a un estilo que nos acomuna. Es la gracia de vuestra vocación que es, contemporáneamente, secular y franciscana.

P. Cesare